

PERGOLA

Sinatra

N.º 131 - Octubre 1999
Periódico MunicipalBILBOKO UDALA
Ayuntamiento de Bilbao

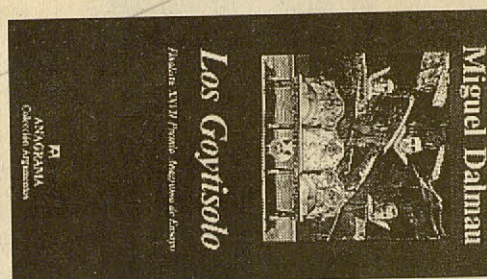
Bilbao

no 200. La se iba, mas le entro curiosidad y se volvió para inquirir quién había sido el precedente. La camarera le sonrió y le dijo:

sin aparentar sorpresa, le preguntó lo que le pagaban, cifra astronómica de por sí. Parece ser que la Voz levantó una

«Los Goytisolo»

Miguel Dalmau



No hay duda de que la importancia de la obra de los tres hermanos Goytisolo (José Agustín, Juan y Luis) merece un estudio tan completo y tan inteligente como el de Miguel Dalmau (Barcelona, 1957). Se acaba de publicar, justo al cabo de la muerte de José Agustín. Dalmau profundiza en los orígenes de la familia de los escritores. El abuelo era vasco, de Arteaga (Bizkaia). Pero escribe la historia de todos casi como una novela, de forma que la lectura del libro resulta fácil y amena. Acaba, más o menos, con la muerte de Franco, en 1975. El autor agradece «la participación cómplice, póstuma o involuntaria» de nuestros escritores, y la colaboración especial de otros. Casi 700 páginas apretadas para conocer a fondo la obra de tres grandes escritores, y demás hermanos... (Editorial Anagrama, Barcelona 1999).

A. O. A.

XV

De «lobitos» y «corderos»

Pablo González de Langarika

A

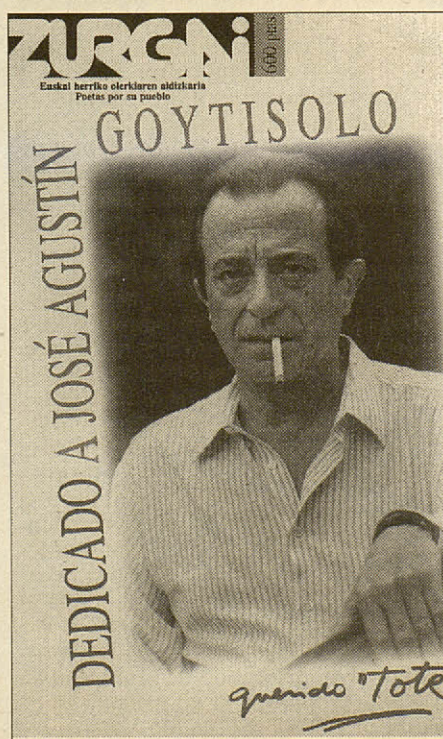
José Agustín Goytisolo, *Tote* para los amigos, hermano mayor del trío familiar, referente máximo de una generación y de una personalísima manera de ejercitar la poesía. A *Tote*, superviviente del grupo de los Barral, Gil de Biedma, etc., «último de Filipinas» —como él se definió con la ironía que le caracterizaba—, poeta vivo, hombre comprometido con su tiempo; a este poeta desbordado, auténticamente esplendoroso en su hacer y en su decir, legado inevitable, voz de muchos. A este autor que diera su aliento a poemarios de títulos tan sugerentes como «Algo sucede», «Bajo las circunstancias», «Palabras para Julia», «A veces gran amor», «Las horas quemadas» y «Bajo tolerancia», a este amigo que tantas veces brindó sus versos a las páginas de nuestra revista (*Zurgai*)..., a este poeta «como la copa de un pino» le han negado, en su tránsito final, la tolerancia y la justicia que demandaba, que exigía, tanto en sus versos como en su vida cotidiana.

Lo sabíamos ilusionado por el número que, sobre él y su obra, se estaba proyec-

tando desde esta ciudad que tanto quería. Un número que, de alguna forma, conmemorase sus largos años de dedicación a esta «manía» un tanto absurda de escribir versos, de vivirlos («Me puse a escribir por mi mala cabeza»). Un número que no contemplará jamás... Los medios de difusión —algunos en particular— le han negado la tolerancia, el margen de libertad indispensable al adjudicarle, de manera totalmente gratuita la voluntariedad de un acto, de su último acto.

El suicidio que, a mi entender, no otorga mayor ni menor capacidad moral, intelectual, humana... alberga en sí mismo una incontestable razón de libertad que —creo— no debe ser transgredida ni copiada por nadie. Un acto de esta índole es indefectiblemente personal e intransferible. Es, por decirlo de forma aún más clara, una decisión singular y soberana.

A José Agustín, a nuestro «lobito bueno» la vida le habrá dado —como a casi todos— sus zarpazos, pero él tenía motivos de peso suficientes para no prestarse a la renuncia: el cariño de una familia, su relieve intelectual y, a pesar del lógico cansancio propiciado por la edad, proyectos de futuro... recitales, nuevos poemas su-



yos musicados por P. Ibáñez, etc. ¿Por qué aplicarle la voluntariedad del accidente tan gratuita e irrespetuosamente? ¿Por qué ese obrar de «mal cordero»? Asun Carandell, su viuda, me hizo llegar su parecer al respecto a través de una carta con palabras que exigen, como los versos de José Agustín, respeto, equidad y tolerancia. No me resisto a transcribir las últimas líneas de esta misiva que, aunque remitida a mi nombre, supongo están escritas para todos.

«Creo que fue un accidente, pero además lo quiero sostener y defender —no desmentir, no hubo testigos— por mi hija, por mi nieto, pero especialmente por las personas deprimidas, desesperadas... por los escritores jóvenes que me han mandado tarjetas del tipo «eres una valiente», por las llamadas que he tenido en ese sentido... Creo que ellos se merecen la verdad. El suicidio es una opción, no tengo prejuicios morales o filosóficos pero la verdad es la verdad y la actuación de José Agustín no era la de un suicida, era la de una persona que sufría por su familia y por otras muchas cosas pero que sabía resistir, agarrarse a los estímulos que le brindaba la vida».